

LAS CIENCIAS MORALES *

La principal de todas las virtudes es aquella sabiduría que los griegos llaman "frónesin".

La prudencia a la que dan el nombre de "só-fian", es otra clase de ciencia que enseña qué cosas han de ser apetecidas y cuáles han de huirse, en tanto que la sabiduría, la principal de todas, es la ciencia de las cosas divinas y humanas.

(Cicerón: *De offic.* 1, 43.)

Hemos definido el "concepto" de una manera dinámica, refiriéndonos a las Ciencias Naturales, como pasando revista a una serie de problemas que están recientemente planteados a la disciplina, en el campo de la clínica.

No hemos pretendido, sin embargo, ofrecer una exposición concatenada, como secuencias sin solución de continuidad. Solamente nos interesaba presentar un espíritu "up to date", que en definitiva representa una nueva garantía de la labor docente a desarrollar.

Al llegar, pues, nuestra exposición a este punto, tampoco es nuestra pretensión referirnos desde el "Anthropus hasta el sapiens"; o cuándo dejó el gibón, chimpancé o gorila de serlo para convertirse en Hombre.

Sea lo que es —estudiando los restos de Chsukoitien o Sangirán (Sáenz de Pipaón, 1953— los tipos concebidos por los restos fósiles hallados, sólo pudieron ser "hombre" cuando el Creador llegara a infundirles el alma, según defiende el profesor Breuil y es aceptado por la Iglesia.

Vida espiritual.

El Hombre actúa por su propia iniciativa, en la que su alma es su principio vital, con el cual va perfeccionando la naturaleza y formando, con su sistema, la Cultura. La vida espiritual del hombre se desarrolla con el ejercicio de su libre albedrío y en el cumplimiento de sus deberes morales.

Es, pues, en las ciencias del espíritu —sobre las que ahora tratamos— en las que el hombre, en un orden final de cosas y personas, encuentra la trascendencia moral y psicológica de su misión en la tierra.

(*) Viene de la página 353.

Filosofía del conocimiento

Etimológicamente “la afición al saber” es razón de la Filosofía, siendo atributo del conocimiento la Verdad. Sólo el juicio puede ser falso, dijo Aristóteles.

Dijimos que el conocimiento constituye el fin de la ciencia. Zubiri (1944) —traduciendo a Ockham— definía Ciencia diciendo: “Scientia est cognito vera sed dubitabilis nata fieri evidens per discursum”: la ciencia es un conocimiento verdadero, pero dubitable, que por naturaleza puede hacerse evidente mediante el discurso. En esta definición la evidencia es una clara intuición de la verdad referida al objeto (evidencia objetiva propiamente dicha), o subjetiva (impropiamente así llamada, ya que es una traslación al conocimiento mismo); evidencia objetiva, decíamos, en la que con la certeza tenemos el carácter evidente de la verdad. También hace alusión la definición a la duda; y es que la duda es también atributo del conocimiento, en la vacilación entre dos o más juicios. Bien es verdad que hablamos de duda positiva, en el sentido filosófico.

Digamos ya que, para el gnos, las ciencias del espíritu —que son las que comprenden— son anteriores históricamente a las ciencias naturales —que son las que explican— y son, por lo tanto, más sensibles a nuestro sujeto. Nos interesa subrayar ya desde ahora este hecho, porque en un orden final de cosas y personas las ciencias del espíritu son de mayor trascendencia moral y psicológica.

Espíritu y materia

Hemos planteado ya el problema de la Medicina como ciencia entroncada en las del espíritu, por la Ética, la Psicología, la Sociología, etc., o con las ciencias naturales, por la Biología, con la Física, la Química, la Geología, la Botánica, etc.

Nuestro conocimiento de la naturaleza podemos conceptualarlo partiendo del hilemorfismo de Aristóteles al concebir la materia y su forma, principio esencial de cada ser real. Parte también del hilo roismo, si suponemos la materia no sólo como una parte activa, sino viviente, como ha demostrado la ciencia. Ya Leibnitz consideró los átomos (“mónadas”) como centros de fuerza cerrados y autónomos formando un sistema unitario, que obra en consonancia con un fin, por la concordia establecida entre la materia y el espíritu.

Esta perfección viviente es esencial en algunos seres y actúa de dentro a afuera: es su alma que escapa a los métodos de las ciencias naturales; lo que ya fue claramente advertido por Hipócrates. No es necesario que aquí pregonemos nosotros nuestro ontologismo, si no concebimos la pugna en la que se debatía Renán al afirmar que “sólo la ciencia puede mejorar la desgraciada situación del hombre sobre la tierra”; cuando el mismo Rousseau había superado el racionalismo al defender los derechos del corazón sobre los de la inteligencia.

La ciencia y su comprobación

No importa que el positivismo de Comte restringiera el cometido de la ciencia a la comprobación de los hechos, limitándolo al campo experimental pero sin entrar en la esencia fenomenológica que Bergson había de percibir más claramente al reconocer la evolución creadora de la intuición.

Visión intelectual —dijimos— no exenta de sensibilidad y, en consecuencia, opuesta al conocimiento discursivo, es decir, al intelectualismo positivista o al mecanicismo materialista. Pero es que además este positivismo intelectualista estaba encarnado en la práctica de un sectarismo religioso, en una situación posicional en la que frente al poder sobrehumano se huía del dogmatismo cristiano occidentalista, ensoberbecido por su ciencia ideal —como decía Berthelot—, cayendo en otro misticismo atomizante, el misticismo científico, en el que el orgullo humano pretendía enfrentarse a Dios.

Este antagonismo entre Dios y la ciencia que quiso mantener el siglo XIX había quedado maltrecho con Santo Tomás al demostrar la unidad de la Ciencia y la Fe, lo natural y lo sobrenatural, el cuerpo y el alma, la Teología y la Filosofía, y de tal forma que hoy Santo Tomás puede ostentar con toda justicia el patronazgo de la Univversitas, cuna del saber para el intelectual y el científico. La Universidad que precisamente había nacido en las escuelas catedralicias de los siglos XII y XIII.

Pero esta situación había sido fraguada en el siglo XVI cuando Galileo, al defender el sistema heliocéntrico de Koppernick, fue obligado por la Inquisición a retractarse y se inculpó a la Iglesia de oscurantista. Con deliberado propósito se calla que, parte al menos de los teólogos, se mostraron contrarios a la represión violenta decretada por los emperadores convertidos; represiones que, además, fueron tomadas con carácter general por el III Concilio de Letrán, por Pedro II de Aragón, Federico II de Alemania, Luis VIII de Francia, etc., y sólo extendidas a todos los reinos de España en 1478 por los Reyes Católicos. También se calla que la obra de Koppernigk fue publicada precisamente por el cardenal Schonberg, arzobispo de Capua; que Galileo fue aconsejado por su amigo el cardenal Conti, así como también por los cardenales Barberini —que más tarde habría de ser Urbano VIII—, cardenal del Monte y el cardenal Belarmino, los cuales le aconsejaron se mantuviera en un terreno estrictamente científico, dejando a los teólogos la interpretación de las escrituras bíblicas y a la luz de sus descubrimientos. En efecto, Galileo cumplió sus promesas durante dieciséis años; pero su temperamento impulsivo le impidió guardar más tiempo su silencio, por lo que llevado al Santo Oficio el 22 de junio de 1633, quedó en prisión en el palacio de su amigo particular el arzobispo de Sena.

Con el Renacimiento se exaltó la personalidad reafirmandose los valores vitales terrenos, con lo que se pretendía una

renovación total del hombre, que en su ulterior desarrollo se subordinaba a la revolución.

Con el Humanismo vino a ser la experimentación necesaria al estudio del conocimiento, como ya fue subrayado por Bacon. Este camino nos llevó con Descartes a un materialismo ateo, que Pascal —apologista del cristianismo— intentó conciliar mediando en la lucha de la razón y la fe. También Kant en su “Crítica de la razón pura” consideraba la experiencia sensible como materia del conocimiento. Bien es verdad que la experiencia sólo nos da fenómenos o apariencias, que nosotros hemos de interpretar.

Con la Revolución francesa el camino del liberalismo ateo llevaba a Laplace, con su “Mecánica celeste” y su doctrina del determinismo —es decir, de la mutua condicionabilidad de todos los fenómenos, sin aceptar la contingencia—, lo que en el orden moral representaba negar el libre albedrío.

Ya no faltaba sino hacer el análisis de las sustancias orgánicas y encontrar los vestigios del alma. Que es lo que ciertos sectores del materialismo agnóstico han vuelto a soñar cuando nuestro Premio Nobel Severo Ochoa descubría la síntesis de los ácidos ribo/nucleico y des/oxy/ribo/nucleico (matriz de los albuminoides), depositario éste de los caracteres individuales del ser, es decir, fijadores de la herencia.

También aquí el materialismo ateo ha pretendido fundar un genotipo comunista.

Ahora bien, si ridículo sería negar la trascendencia de estos descubrimientos, entendemos, con Marañón, “que es inútil buscar a Dios a través de las lentes del microscopio” o, como el célebre astronauta, en los espacios siderales.

Y es que con el espíritu de la Revolución francesa y rusa se ha interpretado Darwin y su teoría del evolucionismo como una concepción de la fenomenología dentro de un proceso puramente mecánico, lo que hoy está completamente superado, pues es aceptada la evolución para la especie humana y Roma —con el reciente hallazgo en 1941 de Java (Sangiran)— comprende que los restos del *Gigantropus* podrían ser una fase del ciclo evolutivo del hombre, según nos expone la Paleontología y sobre lo que nosotros ya tratamos al hablar de la “mandíbula de Piltdown y genética”.

Pero esta codicia positivista tuvo siempre enfrente —se ha indicado ya— las figuras de la escolástica, cuyo Príncipe Tomás de Aquino fue el sistemático formidable que delimitó el campo de la Filosofía demostrando la unidad entre la ciencia y la fe. Lo mismo que sus seguidores Vitoria, Soto, Melchor Cano, Domingo Báñez y otros muchos filósofos de ayer y hoy.

E T I C A

Hemos considerado que sólo El es creador; el hombre es simplemente sujeto contingente dispuesto a recibir en cada momento su existencia, motivo todo de la Metafísica.

Si ahora estudiamos la Ética como parte de la Filosofía que estudia los valores humanos, así como las normas a que debe someterse la conducta humana, decidimos entrar en el campo de lo normativo, es decir, dentro de la base de la Filosofía práctica. Pero entendiendo la realidad humana, lo que el hombre es capaz de hacer, pues no se pueden dictar normas sin tener en cuenta la capacidad real del hombre para cumplirlas.

Persona y personalidad

Conocido el principio vital de la persona, pretendemos ahora exponer no sobre el ente racional capaz de reconocerse a sí mismo, sino el sujeto conocido por la observación objetiva de los demás, es decir, el conjunto de cualidades que caracterizan a la persona dada. Tampoco podemos decir que este concepto de personalidad esté completamente fuera de la Psiquiatría, tan difícil de separar la frontera de lo normal. Más sencillo es, sin embargo, establecer una posible línea entre el yo ontológico y el yo humano.

Y así nos dice el articulista: "Varias son las maneras como el yo puede ser conocido. El conocimiento objetivo de la persona no difiere del conocimiento objetivo de cualquier cosa". Y así podemos seguir diciendo, que podemos conocerlos, como a todos los entes de naturaleza sensible, lo mismo por su aspecto que por su manera de obrar, pudiendo concluir por analogía de qué sujeto o individuo se trata.

La personalidad del yo humano la determinaríamos como conjunto de dignidades y representaciones que le adornan, aunque más bien se tra de "condignidades" o méritos obtenidos por el ejercicio de cualidades adquiridas o ingénitas.

V o c a c i ó n

Mallart define la vocación como llamamiento hacia un determinado destino. Convendría aclarar si, desde el punto de vista psicológico, este llamamiento a la persona hacia su destino lo es en virtud de sus cualidades personales o es función de las ventajas que se presuponen. En el primer caso, estudiar la selección de las vocaciones; en el segundo, su orientación. Los sajones disponen de un aforismo muy divulgado: "The right man in the right place".

Hablando de la vocación en el capítulo de la Moral, nada puede extrañar advertir que teólogos y ascetas hayan reparado en el aspecto de que "habiendo sido creado el hombre para alabanza de Dios, cualquier cosa que yo eligiere debe ser orientada hacia el fin para el que he sido creado", poniendo pues nuestra vocación al servicio del Creador. De las vocaciones, la más elevada es la sacerdotal y la más ingrata la docente, pues si bien el maestro aspira a crear, a descubrir o hacer de sus discípulos hijos de su espíritu —lo que nos acerca también

a Dios—, lo hace con más dilatorio agradecimiento, como nos ha dicho Marañón. Es la vocación docente —repitiendo al maestro citado— la verdadera aristocracia de la tierra.

Es indudable que la vocación verdadera nos trae una madurez libre de los espejuelos u oropeles que atrae a los fatuos.

Profesor y maestro

De acuerdo con la diferencia de vocaciones, establecemos nosotros la diferencia entre profesor y maestro. El primero profesa —declara—; el segundo enseña, “muestra, ofrece su *maestría* y ama”. “El amor está por encima del saber, pues sólo se aprende de verdad lo que se enseña con amor”, dijo Marañón recordando a Pierre Ternier.

El maestro dialoga. Aun cuando las cosas tan naturales al hombre como el diálogo sean, por paradoja —como dice Pemán—, las más difíciles de hacer, el “magister dixit” —tan contrario al espíritu de Santo Tomás— ha sido ya sobrepasado. El diálogo supone afecto —excita la curiosidad y en él las partes son a la vez jueces y espectadores. Platón, fundador y maestro del diálogo, fue el más grande de los prosistas griegos y dio tal esplendor al diálogo que por nadie ha sido superado. Son famosos los *Diálogos* de Cicerón, así como los de Fenelón, y Voltaire, en Francia; Petrarca, Tasso y Galileo, en Italia; Valdés, el Marqués de Santillana y, más tarde, Pérez Galdós en España. Los diálogos de Sócrates o los peripatéticos eran conferencias de maestros a discípulos.

El diálogo se conquista —como dice Pemán—, pues indica paridad; al alumno lo que se le concede es el *seminario*, el cual, como dice el mismo autor, hay que merecerlo. En el seminario se completa la labor docente del maestro. En él se ejerce no sólo el cultivo de la ciencia pura y la investigación, sino además las realidades morales.

El profesor profesa, el maestro sufre gozoso su ansiedad o inquietud científica. El profesor universitario no puede ser sólo un humilde enmaorado de la verdad —ha dicho Ruiz Jiménez—, sino que ha de hallarse siempre abierto a la inagotable comunicación con espiritual entrega. Para Billroth una de las cualidades que debe poseer el profesor universitario es su afán científico, su espíritu de investigación valorado por sus trabajos.

“La enseñanza sin investigación es una enseñanza sin alma, sin inspiración”, ha dicho Bradlaw en Inglaterra. La falta de espíritu de investigación es la causa, según el argentino Houssay, de la incapacidad de determinadas universidades que no supieron aceptar la útil lección de la transformación de la universidad alemana con Humboldt, Bunsen, Liebig y Wöhler. No hay que olvidar que las universidades de hoy se valoran por la competencia de sus investigadores.

La dicción no le es indispensable al maestro. Ni Kant, ni Weber, dictaban clases magistrales. Helmholtz, Ranke o nues-

tro Ramón y Cajal, grandes sabios, no fueron elocuentes en el aula. De la oratoria podemos decir que con la invasión de los bárbaros desapareció la elocuencia, que volvió a incrementarse con la Revolución francesa para llegar al abuso grandilocuente que invade, con el culteranismo, la cátedra sagrada, la secular y el parlamentarismo. Es el tiempo de la "cultilatiniparla", como la llamó Quevedo.

Con todo, ¿qué significado puede alcanzar una bella creación; de qué valdría si no fuera para quedar luego escrita? ¿Qué de la elocuencia de Cicerón? "Las aves que más cantan vuelan menos; y en la república de las abejas a los que hacen mayor ruido llaman zánganos, que no dan fruto", dice agudo un comentarista.

Va la grandilocuencia acompañada de una falsa erudición, que es el extrarradio de la ciencia, según Ortega y Gasset, sólo atento a acumular hechos con absoluta falta de imaginación; y sin imaginación no hay arte, para Azorín. Fernández de la Mora les llama a estos eruditos "peones de la inteligencia". Vale, sí, la memoria "como conciencia de nuestra duración y, por lo tanto, de nuestra unicidad y continuidad" —en el criterio de Bergson—, pero carece de valor real como facultad de repetición o registro.

La erudición verdadera la personifica la iconografía en un filósofo anciano, rodeado de libros y una lámpara a su lado. Así, podemos oír a Ortega y Gasset: "Este bosque benéfico es un bosque magistral, viejo, como deben ser los maestros". En Francia ser catedrático a los cuarenta y seis años es un triunfo muy destacado, que se corona después de toda una vida de esfuerzo y dedicación.

Terminemos de definir al maestro con las palabras que pronunció Marañón a la muerte de Ortega y Gasset: "Para ser catedrático basta aprobar —vencer, diríamos nosotros— unas oposiciones; para ser profesor, explicar escuetamente la asignatura; pero para formar hombres que sepan enfrentarse en la lucha por la vida hay que ser educador, prevenir al alumno de lo que le espera en los escollos del mundo actual, cada vez más enmarañado".

Su selección

"La universidad de hoy o se le renueva o terminará en la ruina que sobre ella se cierne" (Sáenz de Pipaón, 1963). Es, pues, doblemente necesario hablar de los problemas de la selección del maestro. Sin embargo, tampoco consideramos momento impugnar la Ley del 25 de junio de 1931, entre otras razones por haberlo hecho ya ampliamente en anterior ocasión. Estamos de acuerdo, no obstante, que "los talentos no se pierden en la universidad por falta de maestros, sino por sobra de vivos", como dijo Enríquez de Salamanca. También son ciertas las palabras de Francis Bacon al decir que "lo mejor de la educación es la parte conseguida por cada uno mismo".

Lo que a nuestro entender no puede hacer la universidad es “valorar biografías en lugar de analizar doctrinas y trabajos”, como acertadamente dice Pemán. No es moral —continúa el mismo comentarista— dialogar mirando a la clientela en lugar de hacerlo frente a frente con el interlocutor.

Con el maestro nos hemos de fiar por su obra y no porque tenga estas o aquellas ideas, o porque “no vaya a misa” —dice el agustino P. Félix García—; o, como decía Menéndez y Pelayo ante Cánovas, cuando defendiendo a un verdadero maestro de la Facultad de Ciencias, decía en su honor: “Es o ha sido krausista, pero ante todo ama la ciencia desinteresadamente”. Laín Entralgo cita el caso de Lännec —maestro profundamente cristiano—, que en su vida llegó a extremos verdaderamente de ascética monacal, en cuyos tratados de medicina no se encuentra una sola sílaba no ya de apologética, sino que no parezca materialismo puro, ha reconocido también Pemán.

Comenzamos nuestro comentario con una sentencia absolutamente constructiva, optimista, por cuanto consideramos que el peligro que se cierne sobre la Universidad es sencillísimo de eludir. Entre tanto, coincidimos con Llaveró, “convencido de que la criticada Universidad española, con todas sus muchas imperfecciones, sigue siendo todavía en España la institución de mayor garantía”.

Nuestra posición, hemos de confesarlo, no es nuestra si la sustentan hombres de la categoría de Marañón, Enríquez de Salamanca, Illisástegui, Balcells, Pérez Villanueva y tantos y tantos otros que han podido ambientar la última reunión de Ciencias en Zaragoza y de Filosofía en Granada. El quid está —dice Llaveró— en que con el actual sistema, no es lo mismo prepararse para unos ejercicios de oposición que formarse. No es lo mismo adquirir la propiedad de la cátedra tras su adjudicación, que defender una vocación con el esfuerzo con que se defiende un puesto de trabajo. El “error” de la Universidad está simplemente en carecer de instrumento administrativo o jurídico que no le permita desprenderse de los profesores que puedan no interesarle.

De la formación propiamente dicha poco tenemos que añadir; sí, únicamente, decir que la ampliación de los estudios fuera de nuestras fronteras es indispensable. Inútil decir que conviene llegar a ellas con un conocimiento mínimo del lenguaje, amén de la correspondiente preparación anterior, bien trabajando al lado de los grandes maestros, bien alimentándose de la bibliografía especial, como en los casos en los que la circunstancia de la vida no permita aquellas soluciones.

El interés que el problema nos ha merecido queda bien de manifiesto por haberlo tratado en 1944, 45, 46, 47, 48, 49, 51, 54, 57, 58, 59 y 1963; entendemos, pues, que toda insistencia sería demasiado reiterativa. No podemos, sin embargo, dejar de indicar que los nombramientos directos del profes-

rado se siguieron desde la Universidad de Alcalá hasta hoy día en el Estudio General de Navarra.

En el Congreso de Neuropsiquiatría de Valencia (1960) fue aprobada una ponencia titulada "Higiene mental y oposiciones", cuya conclusión decía: "Desde el punto de vista de la higiene mental, el sistema de selección del profesorado por medio de oposiciones es francamente recusable".

Especialización

Se ha dicho que un especialista es un hombre que sabe mucho de poco, lo que nos lleva a recordar el célebre aforismo de Letamendi: "El que sólo medicina sabe, ni medicina sabe". Y si bien no podemos censurar el estudio detallado y minucioso de un problema, no es menos cierto que el exceso de especialización constituye para la Medicina un señalado peligro. La Medicina no es una entidad divisible que pueda tratar al enfermo partiendo de tal concepto, pues si para Morgagni la enfermedad se asentaba en el órgano, para Bichat residía en los tejidos y para Virchow se debía a una alteración celular. Pero esta distinta ubicación o concepto no era producto de nuevos descubrimientos, sino más bien de los distintos criterios de cada especialista. Es lo que hace decir a Davidson: "If you want pathology go to the germans, if you want surgery go to the french, but if you want to get well go to the british...". Esta independencia de cada especialidad es la que hizo exclamar a Houssay que: "la Fisiología es una ciencia independiente de la Medicina" (Ballcells, 1961).

La odontología en una encrucijada

La odontología, la medicina dental, se encuentra actualmente en una encrucijada —ha dicho el Prof. Ackerman, haciendo alusión a la reorganización de los estudios dentales—. Sáenz de Pipaón (1958, 59, etc.) trató de este tema, en el cual puso alteza de miras y con el que hubo de enfrentarse, sin embargo, con los intereses creados.

La crisis actual viene motivada por tanta exaltación de la pasión, pero no en un sentido pasivo de *padecer*, sino desordenado o de exacerbación de las vehemencias menos elevadas. Sometido el sujeto a la vorágine de la vida actual, sin dedicar o dedicando el menor tiempo a los valores espirituales, cada vez más rodeado de las magnificencias de la técnica, nos falta cada vez en mayor escala el deleite ordenado. Necesitaríamos —como recuerda Pemán— "no numerar más que las horas serenas": Horas non numero nisi serenas.